

La Carolina, 16 y 17 - Julio - 1.981

© Seminario de Estudios Carolinenses

INAUGURACION OFICIAL DEL MONUMENTO A

Batalla de las Navas de Tolosa





**SEMINARIO DE ESTUDIOS
CAROLINENSES**

Palacio del Intendente Olavide
LA CAROLINA (Jaén)

JUNTA PROMOTORA:

PRESIDENTE HONORARIO

Ilmo. Sr. Alcalde
D. José Rodríguez Fernández

PRESIDENTE

D. Guillermo Sena Medina

SECRETARIO

D. Carlos Sánchez Martínez

VOCALES

D. Florencio Bernal Martínez

D. Manuel López Payo

D. Francisco Ramírez Carón

D. Juan Antonio Romero Vico

D. Juan de Dios Ruiz Donaire

D. Antonio Sena Medina

PRO SAGUIZ

PROGRAMA DE ACTOS

INAUGURACION OFICIAL DEL MONUMENTO CONMEMORATIVO DE LA BATALLA DE LAS NAVAS DE TOSA

Día 16 de Julio **A partir de las 21,00 horas, en el Salón de Actos de la Casa de la Cultura:**

- Proyección de la composición audiovisual sobre la Batalla, realizada por **D. Miguel Angel García Lucas**.
- Presentación de la Tarjeta Filatélica conmemorativa, a cargo del Grupo Filatélico «**La Peñuela**».
- Presentación del fascículo extraordinario editado por el **Seminario de Estudios Carolinenses**, con motivo de la inauguración del Monumento.

Día 17 de Julio **A las 20,00 horas, junto al Monumento:**

ACTO DE INAUGURACION

- Llegada del Excmo. Sr. Capitán General de la Región y Autoridades Provinciales, presididas por el Excmo. Sr. Gobernador Civil de Jaén.
- Revista de Tropas y rendición de honores.
- Bendición del Monumento.
- Descubrimiento de placa conmemorativa.
- Discursos:

Ilmo. Sr. Alcalde, **Don José Rodríguez Fernández**.

Excmo. Sr. Gobernador Civil de Jaén, **Don Antonio Ortega Jiménez**.

Excmo. Sr. Capitán General de la IX Región Militar, **Don Pedro Fontenla Fernández**.

— Desfile de la Bandera, Banda y Música del Regimiento de Infantería Córdoba n.º 10, de Granada y del Escuadrón de Honores del Grupo Ligero de Caballería IX de Jaén, hasta el Ayuntamiento.

— En la Plaza del Ayuntamiento, interpretación de Marchas Militares a cargo de la citada Banda y Música.

A las 22,30 horas:

— Cena Oficial.

A las 24,00 horas:

— En la Piscina Municipal, Gran Verbena Popular de confraternización del pueblo con las Fuerzas Armadas.

LA CAROLINA Y JULIO DE 1.981

Prólogo

La acertada iniciativa del Excmo. Ayuntamiento de inaugurar oficialmente el magnífico monumento a la Batalla de Las Navas de Tolosa, realizado hace algunos años por el escultor Sr. González Orea y por el arquitecto Sr. Millán López, ha dado ocasión para que el Seminario de Estudios Carolinenses presente este segundo fascículo sobre tan trascendente hecho de armas, sumándose así a esta oportuna remembranza. El monumento lo debemos a la anterior Corporación municipal presidida por el Ilmo. Sr. D. Ramón Palacios Rubio.

Ya en el primer número publicado, dentro de las «escenas antiguas», dedicábamos tres al tema de nuestra célebre batalla, y apuntábamos algunas notas sobre Tolosa, que después ampliaremos. Uno de los recuerdos que recopilamos fué la celebración del VII Centenario de la Batalla en nuestra ciudad, en 1912, con la inauguración, en la Plaza de España, del antiguo monumento, lamentablemente hoy desmontado.

La aportación del Seminario se completa con el acto cultural programado, en el que se proyectará la «Composición audio-visual sobre la Batalla» realizada por Miguel Angel Garcia Lucas y se presentará esta nueva publicación.

El fascículo consta de una narración central sobre la batalla escrita de forma amena por Camilo Millán, precedida del saludo entrañable del Ilmo. Sr. Alcalde, D. José Rodríguez Fernández, terminando con la memoria descriptiva del monumento, según sus autores, y con la incorporación del programa de actos a realizar.

El autor, CAMILO MILLAN, fué un escritor español muerto en Barcelona hacia el año 1908. Había sido gobernador de la provincia de Filipinas, en donde fué director del periódico «El Eco de Filipinas», escribiendo sobre temas de las islas: «Reforma municipal en Filipinas», «El gran problema de las reformas de Filipinas», etc. A veces firmó con el seudónimo de Pedro Nuño. Obras suyas son: «El secreto del médico», «El Cantar», «El Pico de las cigüeñas», «Juicios de Dios» y «La Cruz del Valle», etc. (comedias y leyendas).

La narración presentada forma parte de unos Episodios Históricos, n.º XXII, editados en Barcelona por Pedro Torrella hacia 1914 en donde se dice: «Interesantísima obra de cuadernos, contentiendo los hechos más salientes de la historia, por Camilo Millán, narrados en forma amena para hacer su lectura más asequible a todos los gustos, inteligencias, edades y sexos».

Es inevitable recordar los Episodios Nacionales de Pérez Galdós, la obra maestra de este género, con los que, si bien puede guardar alguna semejanza, se diferencia en la forma narrativa (novela frente a cuento), grandezza de la obra, estilo, etc., pero es oportuno

resaltar que se busca la mayor exactitud en el rigor histórico. Camilo Millán se apoya como reconoce en el presente título, en las obras de los historiadores, en la Historia General de España de Lafuente, al que sigue paso a paso. De ahí que decrezca su mérito historiográfico, aunque no por ello hemos de dejar de reconocer la fluidez y amenidad del relato, que nos presenta la batalla de las Navas de Tolosa con una técnica ágil, casi de guión documental, y nos lleva pendientes del asunto hasta el final.

El historiador Modesto Lafuente y Zamalloa (1806-1866) escribió la extensa historia reseñada, continuada por Valera y editada varias veces. El texto de «Las Navas de Tolosa» o «El Triunfo del Cristianismo», lo ha proporcionado el socio del Seminario Francisco González Bernardino.

Como se sabe, las batallas se conocen con el nombre de las ciudades o lugares habitados en cuyas inmediaciones se libraron. Por ello, nuestra batalla se llamó de las Navas de Tolosa, ya que éste fué el núcleo de población más cercano, y como estas tierras pertenecían en aquella época a la ciudad de Ubeda, hay historiadores como Argote de Molina que, en su monumental obra «Nobleza de Andalucía», la llamaron «Batalla de Ubeda en las Navas de Tolosa». Años después de la Victoria, es el Rey Fernando III el Santo el

que concede estos lugares, junto a Vilches, Baños y Castro Ferral, a la ciudad de Baeza, según Privilegio escrito en Burgos el 19 de mayo de 1269.

¿Dónde estaba situada Tolosa? De manera genérica podemos decir sin miedo a error que dentro del término municipal de La Carolina y, muy probablemente, sepultada por parte de su núcleo urbano.

Tolosa no se puede identificar con

VII centenario de la batalla de las Navas de Tolosa



PROGRAMA DE FIESTAS
1912

Santa Elena, como hemos escuchado en algunas ocasiones, porque allí se encontraban los «reales», del Miramamolín durante la batalla, siendo tomados el mismo día por Sancho IV, y siendo el lugar en el que Alfonso VIII mandó edificar la ermita que bautizó con el nombre de esta Santa. Por el contrario Tolosa no la tomaron efectivamente hasta el «día tercero» y, como dice Alfonso al Papa, «incontinente», deshabitada.

Tampoco se puede identificar con la actual Navas de Tolosa, aunque tendría mayores posibilidades, porque real-

mente nuestro anejo fué un núcleo surgido en la Colonización de Olavide, existiendo como aldea «constituida» y que gozaba de «cierta prosperidad» en 1775, citándose en 1754 por el Conde de Esminier como «sitio desértico». El propio nombre de «Navas de...» sugiere la existencia cercana del núcleo central, Tolosa, siendo aquel una designación de lugares más amplios y que rodean a la población aludida.

Por tanto, hemos de pensar en que Tolosa existió más cerca del posterior emplazamiento del Convento de La Peñuela. Suponemos que la pequeña población tendría un origen romano, por lo que la estructura urbana sería opuesta a la de las villas árabes posteriores, es decir, no tendría el apiñamiento de casas en torno al castillo, como Vilches o Baños, sino que sería un área habitable relativamente amplia formado por huertos o "villas" dispersos, con un centro común, surgido al amparo de las minas y de las calzadas y, posiblemente, dependiente de Cástulo. Esta dispersión haría que su localización actual fuera más difícil y que, tras la batalla, fuera más fácilmente saqueada y arrasada. Esta hipótesis, tal vez aventurada, nos la sugieren los siguientes hechos: a) La existencia de las minas de plomo y plata de la que ya tenemos bastante bibliografía. b) El Castillo de Tolosa, conocido entre los árabes como el Hisn al-Uqab o Torreón del Águila y también Castillo de las Cuestas, que, aunque aprovechado y posiblemente reconstruido por los hispano-árabes, nos parece que es romano, construido allí para, al igual que el de Salvatierra, proteger las calzadas. c) Aquí, en La Carolina, y no en Las Navas de Tolosa como dice algún autor, se juntaban tres calzadas romanas, transformadas después en caminos reales: La que pasaba por Baecula (Bailén) hasta el Viso, por el Castillo, la Aliseda, Miranda y Magaña (posiblemente uno de los pasos utilizados por el ejército cristiano en la batalla); la que procedía de Cástulo pasando cerca de la mina de los Palazuelos, por la Fernandina; y la que desde Granada lo hacía por Ubeda, Puente Ariza, Vilches. Las tres calzadas coinciden, casi exactamente, con las tres carreteras que hoy llegan a nuestra ciudad, muriendo las dos últimas en la más principal, si bien se dividía en Miranda para salvar Sierra Morena, una por Magaña y El Viso hasta unirse a la principal en Calzada de Calatrava, y otra por Castro Ferral (también romano antes que árabe) y Aldeaquemada (Un estudio más detallado lo realizó Corchado Soriano). El punto de confluencia de la primera con las segunda y tercera (unidas poco antes) sería sobre la Plaza de las Delicias, si recordamos que el primitivo camino bajaba por la calle Madrid.

No hay que olvidar que el nombre de Tolosa sugiere una relación con los restantes lugares de España de esta denominación y, sobre todo, con la Monarquía Visigoda, que



Punto lugar de cruce de CALZADAS ROMANAS

sucesivamente sitúa su capital en Tolosa, Mérida y Toledo. A la vista de tal nombre ¿podría pensarse en alguna población visigoda? Diríamos que sí, pues la Oretania, en la que nos encontramos y que comprendía ambos lados de Sierra Morena, quedó plenamente dominada por los visigodos, tras su victoria sobre los vándalos, ya en tiempos de Leovigildo. Estas tierras tenían una situación estratégica privilegiada para ello por: a) estar cerca de la frontera con el territorio de dominación bizantina, manteniendo continuas guerras; y b) ser el importantísimo nudo de comunicaciones entre la Meseta y el Sur. Por ello, los visigodos desarrollaron una fuerte política de asentamientos militares y urbanos para proteger su frontera. Y es lógico pensar que utilizarían los castillos romanos, como el nuestro, para tal fin, y las ciudades hispanorromanas. No existen muchos datos arqueológicos, salvo los tesoros de Mogón y Torredonjimeno y algunos restos más. Y además, los árabes asolaron y transformaron muchas de las ciudades de los vencidos. El nombre, pues, merece una investigación más a fondo.

Otro dato importante para la localización que sugerimos es el hecho de que repetidas veces han aparecido restos arqueológicos, de poca importancia ciertamente, pero suficiente para demostrar la existencia de edificaciones de la época romana y árabe. El dato más importante nos lo da Bernardo de Espinalt cuando al visitar La Carolina pocos años después de la fundación y en plena construcción, nos dice: «Cuando se abrieron los cimientos para edificar esta Villa, se encontraron varios fragmentos, y en sus ruinas, sepultadas algunas casas con huesos humanos, varios hilos de perlas, y tinajas de vino, aceite, y bálsamo, que demostraban haber habido alguna grande población, que se arruinaría sin duda cuando la batalla de las Navas de Tolosa, que a cuarto de legua de aquí se dió, en cuyo paraje van formando otra Aldea sus vecinos»

Después hemos tenido ocasión de comprobar que por el polígono industrial y alguna otra zona han aparecido restos.

Es evidente que el ejército cristiano arrasó la población de la que solo quedó el nombre incorporado a la gran victoria, la llamada por los árabes «batalla del Al-Y-cab», traducida por batalla de «la Calma» o batalla «del Desastre».

Años después, tal vez siglos después, el paraje de La Peñuela, nombre reiteradísimo en la geografía española, iría ampliando su importancia, mucho más a partir de la fundación del Convento de Carmelitas, y eclipsó el ya escaso recuerdo de la legendaria Tolosa, de la que, por otra parte, estaría separada sobre un kilómetro, si, como creemos, la localización de Tolosa se puede situar en la zona comprendida entre la actual Plaza del Mercado y la de la Aduana hasta el camino de la Mina de la Rosa.

Cierto que lo escrito es solo una hipótesis, aunque con muchos visos de realidad, que habrá que ir demostrando con trabajos posteriores. Aquí la dejamos para los carolinenses que quieran ir aportando datos para seguir intentando esclarecer nuestros orígenes, sepultados durante siglos al dejar de explotarse las minas en los siglos posteriores a la Batalla. Ahora, continuamos con su recuerdo en la narración que prolongamos.

GUILLERMO SENA MEDINA, Julio - 81

Saludo del Alcalde...

Nos ha tocado vivir, mis buenos amigos, una de esas etapas difíciles por las que de vez en cuando atraviesa España y en las que fuerzas centrifugas se empeñan en romper y destruir lo que ha sido el maravilloso logro conseguido tras innumerables luchas, sacrificios y heroicidades: la sagrada unidad de nuestra Patria.

Y resulta que los habitantes de La Carolina y su Comarca desarrollamos nuestra vida, nos esforzamos en el trabajo cotidiano y sentimos nuestras alegrías y nuestras penas mientras que asentamos nuestros pies sobre una tierra en la que se desarrolló uno de los acontecimientos claves en aquella titánica lucha de siglos por conseguir la unidad: la batalla de las Navas de Tolosa.

Aquella gesta heroica ha de imprimir carácter necesariamente a quienes respiramos estos aires y tocamos estas benditas tierras de la Sierra Morena, tan andaluzas y tan cercanas a Castilla. Y ese carácter se nota cuando de los labios de cualquiera de nuestros hombres y mujeres, niños o mayores, sin distinción de ideas políticas —respetables todas dentro de una convivencia democrática— sale, desde lo más hondo de sus honrados pechos andaluces, como un torrente incontenible el **viva Español** al tiempo que las lágrimas afloran a sus ojos cuando contemplan emocionados la Bandera, símbolo de la Patria. Eso, repito, nos sucede a todos, pensemos como pensemos o militemos donde militemos.

Y ello hace que nos suene tan bien la música de las palabras de Camilo Millán refiriéndose a la batalla de Las Navas: "... el triunfo es exclusivamente de nuestra Patria. ¿Qué importa que las banderas ostenten colores diversos?. ¿Qué importa que los unos se llamen castellanos, otros aragoneses, estos navarros, catalanes aquellos, ni que todos estos nombres significaran entonces reinos distintos?. Todos forman un pueblo, a despecho de sus mismas preocupaciones; todos proceden de la propia raza; a todos son comunes la religión y la patria, las venturas y los



desastres. Todos, al cabo de algún tiempo, debían fundirse en una nación sola, cuyos estrechos vínculos en vano tratarán de romper insensatos ambiciosos, que quisieran prescindir de nuestra historia, de nuestras tradiciones, de todo lo que tiene verdadera grandeza y ostenta un carácter nacional.

Por eso la inauguración oficial del Monumento a la Batalla de las Navas de Tolosa constituye un día grande para todos nosotros, porque al lado de las Fuerzas Armadas que, comandadas por el Capitán General de la IX Región Militar, rendirán honores, estarán las primeras autoridades provinciales, presididas por el Excmo. Sr. Gobernador Civil de Jaén, los alcaldes de la comarca representando a sus municipios, y todo el pueblo que, emocionado, podrá honrar a sus héroes y gestas, gritando al paso de la Bandera por nuestras calles:

¡Viva España!

Un abrazo fuerte de
José Rodríguez Fernández



LAS NAVAS DE TOLOSA

EL TRIUNFO DEL CRISTIANISMO

por Camilo Millán

I

Uno de los hechos más grandes y trascendentales de nuestra historia patria, fué indudablemente el acometido por Alfonso VIII contra la morisma, que tuvo desenlace gloriosísimo en las Navas de Tolosa, nombre que desde entonces repercute en todos los oídos con armonía grata y con legítimo orgullo. El triunfo de la Santa Cruz refiriérole el historiador Lafuente de una manera tan amplia, tan ordenada, tan magistral y al mismo tiempo tan fidedigna, que, al narrarlo nosotros y someterlo al obligatorio espacio de las treinta y dos páginas de que dispnemos para ello, nos separamos del original lo menos posible, temerosos de deslucir el illigranado trabajo de dicho historiador. Sirvanos estas cortas líneas, más que de preámbulo de justo homenaje a la verdad, y al mérito del escritor insigne a quien aludimos.

II

Todo está en movimiento en la capital del mundo cristiano. Después de haber ayunado toda la población de Roma a pan y agua por espacio de tres días, hendiendo al aire el tañido de las campanas de todos los templos, se ve a las mujeres caminar descalzas y de luto hacia la iglesia de Santa María la Mayor; delante van las religiosas; de la iglesia de Santa María marchan por San Bartolomé a la plaza de San Juan de Letrán. Es el miércoles siguiente a la pascua de la Trinidad, 23 de Mayo de 1212. En dirección de la misma plaza se encaminan por el arco de Constantino los monjes, los canónigos regulares, los párrocos y demás eclesiásticos, con la cruz de la Hermandad; por San Pablo se ve concurrir al resto del pueblo con la mayor compostura y devoción, llevando la cruz de San Pedro. Todos se colocan en la misma plaza y en el orden de antemano establecido. Cuando todos se hallan ya congregados, el jefe de la Iglesia, el Papa Inocencio III, acompañado del colegio de cardenales, de los obispos y pralados y de toda la corte pontificia, se enca-

mina a la iglesia de San Juan de Letrán, toma con gran ceremonia el Lignum Crucis, y con aquella sagrada reliquia, venerando emblema de la redención del género humano, se traslada con su brillante séquito al palacio del cardenal Albani, y, presentándose en el balcón, dirige una fervorosa plática al inmenso y devoto pueblo cristiano que llena aquel vasto recinto.



TORREJAS DEL AGUIA. (Castillo de Tolosa)

¿Qué significa tan solemne y augusta ceremonia en la capital del orbe católico? Significa que el pontífice Inocencio III ha acogido benévolutamente la misión del enviado del rey de Castilla; que ha concedido indulgencia plenaria a todos los que concurren a la guerra de España contra los enemigos de la fe, y que ha querido que el pueblo romano se preparase convenientemente para implorar las misericordias del Señor. Así lo dice el papa en el sermón que dirige a su pueblo congregado frente al palacio Albanense. Concluida la plática, las mujeres van a la basilica de Santa Cruz

dónde un cardenal celebra el santo sacrificio. El pontífice, con el clero y toda su comitiva, vuelve a San Juan, donde se oficia otra misa solemne, y todos juntos marchan después descalzos a Santa Cruz, donde se da fin a la rogativa con las oraciones acostumbradas. Grande debía ser, pues, la importancia que daba la cristiandad a la empresa que se iba a acometer en España para que de manera tan solemne interviniera en ella el jefe supremo de la Iglesia.

III

Congregados por Alfonso VIII en Toledo sus prelados y ricos homes, para deliberar en consejo la forma en que debía realizarse la próxima campaña, designó el rey aquella insigne ciudad como plaza de armas y punto de reunión de las tropas de las diversas provincias, y de las extranjeras que acudiesen a ganar las gracias espirituales concedidas por la Sede Apostólica. Un edicto real prohibió a los soldados de a pie y de a caballo presentarse con vestidos de oro y seda, con arreos de lujo y con ornatos superfluos que desdijeran del ejercicio militar.

Ya la voz del ilustre arzobispo de Toledo D. Rodrigo, había logrado anardecir los corazones de los príncipes cristianos de Europa, y a la fervorosa excitación del prelado a nombre del monarca de Castilla, multitud de guerreros de Francia, de Italia y de Alemania, habían tomado la espada y la cruz y marchaban camino de Toledo, ansiosos de tomar parte en la gran cruzada española. Serían los que llegaron hasta dos mil caballeros con sus pajes de lanza, y hasta diez mil soldados de a caballo y cincuenta mil de a pie.

De gran coste debía ser el mantenimiento de la numerosa hueste auxiliar extranjera para un reino empobrecido por las incesantes luchas, pero el monarca castellano encuentra recursos para todo, y asiste a cada jinete con veinte sueldos diarios y con cinco a cada infante cantidad prodigiosa para aquellos tiempos.

Compuesta aquella muchedumbre de gentes y banderas de tantas naciones, menos disciplinada que poseída de celo religioso, creyendo acaso hacer una obra meritoria, acometió a los judíos de Toledo, que eran en gran número, y asesinó una parte de ellos. Poco faltó para que aquel atentado produjera una colisión lamentable; pero la intervención de los sacerdo-

tes de uno y otro culto logró apaciguar al pueblo, que ya comenzaba a amotinarse contra los extranjeros. Ahora bien, fuese para evitar conflictos, fuese porque hubiese llegado ya el rey D. Pedro de Aragón con su ejército de aragoneses y catalanes y resultara estrecho el recinto de la ciudad para albergar tan numerosas huestes, hizose que tan heterogéneas tropas acamparan en las huertas y en los contornos de Toledo. También acudieron caballeros leoneses y portugueses, llevados del deseo de contribuir con sus armas al exterminio de los enemigos de la fe, pero los príncipes de aquellos dos Estados no concurrieron a la guerra santa por particulares y sensibles razones que no es del caso referir ahora.

IV

En tanto que en Roma y en Toledo se hacían los preparativos que acabamos de reseñar, el emperador de los almohades Mahomed-Aben-Yacub, no permanecía inactivo. Además del inmenso ejército que ya había traído a España, conmoviase toda el Africa con exhortaciones enérgicas a la guerra, que ellos apellidaban también santa, y acudían a la expedición y exterminio de los cristianos, los innumerables pobladores de Mágina, de Fez y de Marruecos, los que apacentaban sus rebaños por las praderas del Zahara, los habitantes de las orillas del Muluca y los de las inmensas llanuras de la Etiopía, que con los de las tribus alárabes, zenetas, mazamudes, sanhagas, gomeles, y con los voluntarios que había ya en España, junto con los almohades de Andalucía, formaban el mayor ejército que había pisado jamás los campos españoles.

Nada bastó, sin embargo, a intimidar al animoso rey de Castilla, y reunidas las provisiones necesarias para el mantenimiento del ejército cristiano, que según el arzobispo cronista de la expedición iban en setenta mil carros, y según otros en setenta mil acémilas, emprendió su movimiento la hueste cristiana el 21 de Junio.

Guiaba la vanguardia D. Diego López de Haro, y componíanla los auxiliares extranjeros. Entre ellos iban los arzobispos de Burdeos y de Narbona, el obispo de Nantes, Teobaldo Blascón, oriundo de Castilla, el conde de Benavente, el vizconde de Turena y otros muchos y muy distinguidos caballeros. Constaba esta legión de diez mil caballos y cuarenta mil infantes. Seguían los reyes de Aragón y de Castilla,

en dos distintos campos, para no embarazarse. Acompañaban al de Aragón, Don García Frontín, obispo de Tarazona, D. Berenguér, obispo electo de Barcelona, el conde de Barcelona, el conde de Rosellón y su hijo, D. García Romeu, D. Ximeno Cornell, el conde de Ampurias, y otros muchos caballeros de su reino, y llevaba el estandarte real D. Miguel de Suesia. El séquito del rey de Castilla era el más numeroso y brillante: lo formaban el arzobispo de Toledo e historiador D. Rodrigo Jiménez, los obispos de Palencia, Sigüenza, Osma, Plasencia y Avila, los caballeros del Templo, de San Juan, de Calatrava y de Santiago, conducidos por los grandes maestros de sus respectivas órdenes; D. Sancho Fernández, infante de León; los tres condes de Lara, D. Fernando, D. Gonzalo y D. Alvaro, este último, alférez mayor del rey; D. Gonzalo Rodríguez Giron, con sus cuatro hermanos, que mandaban la retaguardia, y otros muchos nobles campeones de Castilla, que fuera prolijo enumerar, así como también muchos principales señores de Portugal, de Galicia, de Asturias y de Cantabria. Seguían la bandera real de Castilla, los concejos o comunidades de San Esteban de Gormaz, de Ayllón, de Atienza, de Almazán de Soria, de Medinaceli, de Segovia, de Avila, de Olmedo, de Medina del Campo y de Arévalo, así como los de Madrid, Valladolid, Guadalajara, Huete, Cuenca, Alarcón y Toledo: los demás quedaron guardando las fronteras. Todos ansiaban el momento de medir sus espadas con las de los infieles y, por si el ardor de alguno se entibaba, allí iban los prebostes y los monjes, unos con sólo la cruz, otros con la cruz en una mano y la lanza en la otra, para recordarles, a semejanza de Pedro el Ermitaño, que iban a ganar las mismas indulgencias apostólicas combatiendo a los mahometanos de Andalucía, que si pelearan con los infieles de Palestina.

V

El ejército cristiano llegó a Malagón al tercer día de marcha; los extranjeros atacaron impetuosamente el castillo defendido por los musulmanes y pasaron a éstos a cuchillo. De allí avanzaron a Calatrava, cuyo camino, así como el cauce del Guadiana, habían cubierto los moros de puntas de hierro para que no pudieran pasar caballos, ni infantes sin estropearse los pies, pero el ejército cristiano supo vencer tales obstáculos, y se puso sobre Calatrava, que defendía el bravo Aben-Cadís

con un puñado de valientes sarracenos, terror de aquella frontera. La población, sin embargo, fue tomada por asalto. Aben-Cadís y los suyos se refugiaron en el castillo y enviaron a pedir socorro al emperador Mohamed, pero éste, entregado a la influencia de sus favoritos, no llegó a conocer el apuro de Calatrava, que le ocultó Abu-Said, envidioso de la gloria del caudillo andaluz. Aben-Cadís, al verse sin esperanza de auxilio, ofreció rendirse por capitulación, saliendo libres él y sus soldados. Los reyes de Aragón y de Castilla con los nobles y barones de uno y otro reino, se inclinaron a admitir la condición: los extranjeros se obstinaron en que fuesen todos degollados; pero prevaleció la opinión de aquéllos, sin otra variante que la de que los infieles salieran desarmados. Aún intentaron los extranjeros lanzarse sobre ellos y pasarlos a cuchillo, pero los generosos monarcas españoles, fieles a su palabra, los escoltaron hasta ponerlos en seguridad. El rey D. Alfonso de Castilla entregó la población y el castillo a los caballeros de Calatrava, de quienes antes habían sido, y repartió los inmensos almacenes y las riquezas que allí se hallaron, entre los aragoneses y los extranjeros, sin reservar cosa alguna para sí ni para los suyos.



SAN ISIDORO LABRADOR, que según una tradición se apareció en la fuente de Martín Haldjo, animando a los cristianos a la cruzada.

Los de allende el Pirineo, so pretexto de no poder sufrir los rigurosos calores de la estación, determinaron regresar a sus países respectivos, como ya habían hecho otros extranjeros cuando la conquis-



El campo de batalla es un campo del siglo XVI.

ta de Zaragoza por Alfonso el Batallador, y en vano fue que los monarcas españoles se esforzaran para detenerlos: nada bastó a hacerles variar de resolución, y todos ellos abandonaron la cruzada, menos Arnaldo, arzobispo de Narbona, y Teobaldo Blascón de Poitiers, español de nacimiento.

Gran disminución sufrió con ello el ejército Cristiano y muy enflaquecido quedaba, pero no se entibió por eso el ardor de los españoles, quienes llenos de fe y de confianza en Dios, prosiguieron su marcha hasta Alarcos, lugar de funestos recuerdos para el rey de Castilla, pero en el cual entró ahora triunfante, huyendo los moros a vista suya. Y no fue este sólo el signo de buena ventura que señaló su entrada en Alarcos, sino que el cielo pareció querer recompensar la virtuosa constancia de aquellos soldados de la fe e indemnizarlos del abandono de los extranjeros, haciendo que se apareciese allí el rey de Navarra, con quien no contaban ya, seguido de un brillante ejército, en que iban los nobles D. Almoravio de Agoncillón, D. Pedro

Martínez de Sete, D. Pedro y D. Gómez García, y otros caballeros navarros, todos ellos dispuestos a tomar parte en la cruzada.

Inexplicable fue el júbilo que el ejército cristiano tuvo con tan poderoso e inesperado refuerzo. Los tres monarcas avanzaron juntos a Salvaterra donde pasaron revista general a sus fuerzas, quedando complacidos de su porte y del ardor que les animaba de venir a las manos con el enemigo, al cual resolvieron ir a buscar donde quiera que los esperase.

VI

Cuando el Miramamolín de los almohades, Mohamed-ben-Yuesuf, supo que los extranjeros habían desertado del ejército cristiano, creyó segura la destrucción de éste, y, al tener noticia de su aproximación, sentó sus reales en Baeza con el propósito de batirlo, y envió algunos escuadrones con orden de cerrarle los desfiladeros y gargantas de Sierra Morena. El caudillo andaluz Aben-Cadis, que tan honrosa defensa había hecho en Calatrava, se

había presentado al emperador, quien, sin quererle escuchar ni oír sus razones, le mandó degollar, todo por consejo del envidioso Abu-Said. Indignados los andaluces por lo inicuo de la sentencia, quejéronse amargamente y manifestaron a las claras su resentimiento. Noticioso de ello el emir, llamó a su presencia a los principales jefes y les dijo con acritud y altanería que hicieran cuerpo aparte, pues para nada los necesitaba, palabras imprudentes que contribuyeron bastante a su perdición.

Mientras que ocurrían estas discórdias en el campo de los almohades, el ejército cristiano llegaba a puerto de Muradal, en 12 de Julio. Una fuerte avanzada de caballería enemiga salió a impedirle el paso, pero D. Diego López de Haro con su hijo Lope Díaz y sus sobrinos Martín Núñez y Sancho Fernández, visera calada y lanza en ristre atacaron a escape a los moros y sostuvieron con ellos una vigorosa refriega. Acometidos los cristianos por otro cuerpo musulmán que guardaba una de las angosturas, consiguieron, sin embargo, apoderarse de la fortaleza de Castro Ferral, a la parte oriental de las Navas, y al anochecer llegaban los tres reyes al pie de la montaña con el grueso del ejército.

Quedaba, no obstante, el formidable paso de la Losa, defendido por la muchedumbre mahometana. Colocados los moros entre los riscos que les servían de parapetos casi inexpugnables, y encajonados los cristianos en desfiladeros y angosturas que les impedían desplegar su caballería, su posición era crítica y su situación apurada. Celebróse consejo para deliberar lo que más convenía hacer, y en tanto que algunos opinaron por deshojar a los enemigos a todo trance, otros más conocedores de la imposibilidad que para esto ofrecían aquellas asperezas, opinaron por la retirada. Los reyes de Castilla y Aragón fueron puestos a este dictamen, seguros del mal efecto que produciría en el ánimo del soldado un triunfo dado al enemigo sin combatir con él, y no perdieron nunca la confianza en el auxilio divino. Grande era, de todos modos, el apuro de los cristianos.

En tal perplejidad, se presentó en los reales de Alfonso VIII un pastor, que dijo llamarse Martín Halaja, manifestando que conocía un camino o vereda por donde podría subir el ejército, sin ser visto del enemigo, hasta la misma cumbre de la sierra, donde hallaría sitio a propósito para la batalla, y tan halagüeña fue para los cris-

tianos aquella revelación que dudaron de su veracidad y temieron que fuese añagaza del rústico para hacerles caer en algún lazo. Sin embargo, de tanta importancia era, que bien merecía la pena de correr el riesgo de hacer una exploración del terreno llevando al pastor por guía.

Tan peligrosa empresa fue encomendada a don Diego López de Haro y a D. García Romeu, caballero aragonés, estos dos intrépidos jefes, acompañados del pastor, fueron caminando por uno de los costados de la montaña, y después de algún recdeo, halláronse en efecto en una extensa planicie, como de diez millas, capaz, por consiguiente, de contener todo el ejército, planicie accidentada, como fortalecida por la naturaleza, y resguardada por el arte, a modo de un anfiteatro. Aquellas llanuras eran las Navas de Tolosa, que habían de dar, dentro de poco, su nombre a la batalla. Lo informado por el pastor, resultaba exacto.

Gozosos los exploradores, avisaron a los reyes que podían subir sin cuidado con el ejército, y así lo hicieron al siguiente día sábado, 14 de Julio. La avanzada que ocupaba a Castro Ferral fue retirada, y los moros interpretaron tal abandono como renuncia del proyecto de franquear el desfiladero de la Losa, y, por lo tanto, de empeñar combate, así es que se quedaron extraordinariamente sorprendidos al ver que el ejército cristiano plantaba sus tiendas en la meseta de la montaña.

No por eso dejaron los moros de prepararse al combate y de provocar a los cristianos a batalla general en aquel mismo día, batalla que los cruzados no quisieron ceptar por efecto de la fatiga que les había causado ascensión tan penosa. El musulmán tomó aquel retraimiento por miedo y cobardía y escribió arrogantemente a Baeza y a Jaén, diciendo que tenía asediados a los tres reyes y a sus ejércitos, y que no tardaría tres días en hacerlos a todos prisioneros.

El emperador de los almohades, llamado por los nuestros el rey Verde, porque vestía de este color, estaba en una tienda o pabellón de terciopelo carmesí con flecos de oro, franjas de púrpura y bordados de perlas, y había sentado sus reales en un cerro que dominaba la comarca, cuyos valles, colinas y llanuras estaban materialmente cuajados de musulmanes.

VII

El domingo 15, al romper el día, volviéronse a presentar los sarracenos en orden de batalla y esperaron hasta las doce el momento del ataque ;pero los cristianos, ya por la festividad del día, ya por tomarse tiempo para reconocer bien las fuerzas del musulmán y preparar convenientemente las suyas, persistieron en no lidiar hasta el siguiente día: los monarcas se ocuparon con los caudillos en disponer lo necesario para la batalla, y los prelados y clérigos en exhortar a los soldados y en inspirarles santo y religioso fervor.

En las primeras horas de la madrugada del 16, los heraldos hicieron resonar a voz de pregón en las tiendas cristianas, la orden de prepararse a la guerra del Señor por medio de la confesión y de las oraciones. Jefes y soldados asistieron devotamente al sacrificio de la misa: oraron todos, confesaron y comulgaron muchos, animáronse unos a otros, y preparados así con las prácticas y con los ejercicios de la fe, y recibida la bendición de los obispos, aguardaron la hora del alba, en que el rey de Castilla dió la orden de ensillar los caballos y de empuñar las ballestas, lanzas y adargas.

Resonaron las trompetas y los atambores, y todo el campo se puso en movimiento. Todos querían pelear en la vanguardia, todos querían pertenecer a las primeras filas: el aguerrido veterano Dalmau de Crexel, Catalán del Ampurdán, fué el encargado de ordenar las haces.

Formáronse cuatro cuerpos o legiones, una, que era la vanguardia, quedó al mando de don Diego López de Haro, quien llevó a sus órdenes a sus hijos D. Lope y D. Pedro, a su primo don Inigo de Mendoza y a sus sobrinos D. Sancho Fernández y D. Martín Núñez, y como primer porte-estandarte, a D. Pedro Arias de Toledo; seguían las cuatro órdenes militares, a saber: los caballeros de San Juan con su prior D. Gutierre de Armildez, los templarios con su maestro D. Gonzalo Ramírez los de Santiago con su maestro D. Pedro Arias de Toledo, y los de Calatrava con el suyo D. Ruiz Díaz de Yanza. Acompañaban a esta división los concejcs de Madrid, Almazán, Atienza, Ayllón, San Esteban de Gormaz, Cuencas, Huete, Alarcón y Uclés.

El rey de Navarra conducía el segundo cuerpo con las banderas de Segovia, Avila y Medina del Campo, y muchos caballeros

portugueses, gallegos, vizcaínos y guipuzcoanos. El estandarte real lo llevaba su alférez mayor D. Gómez García.

Capitaneaba el tercer grupo, o sea el ala izquierda, el rey D. Pedro de Aragón, con los caballeros y prelados de su reino y tremolaba el pendón de San Jorge, su alférez mayor D. Miguel de Luesia.

Mandaba el centro y la retaguardia, y en cierto modo el total del ejército, el rey D. Afonso de Castilla, y ondeaba su estandarte, en el que se veía bordada la imagen de la Virgen, el alférez D. Alvar Núñez de Lara. En dicho cuerpo iban, el venerable arzobispo de Toledo D. Rodrigo Jiménez, con los demás prelados de Castilla, el conde Fernán Núñez de Lara, los hermanos Girones, hijos del conde D. Rodrigo que murió alanceado en Alarcos, D. Suero Téllez, D. Nuño Pérez de Guzmán, muchos caballeros castellanos, y las comunidades de Valladolid, Olmedo, Arévalo y Toledo.

El ejército musulmán formaba una media luna, y estaba distribuido en cinco divisiones. Los voluntarios de las tribus del desierto, constituían la vanguardia; los almohades tremolaban en el centro sus vistosos pendones, y a retaguardia formaban los andaluces. Rodeaba la tienda del califa un círculo de diez mil negros de aspecto horrible, cuyas largas lanzas clavadas en tierra verticalmente, constituían un parapeto inexpugnable: aquel cuadro estaba resguardado además por un extenso círculo formado de gruesas cadenas de hierro, con más de tres mil camellos puestos en línea. Dentro de aquella especie de castillo, estaba el emir Mohamed vestido con el manto que su abuelo el gran Abdel-Alumen solía llevar a las batallas, teniendo a sus pies un escudo, a su lado un caballo, en una mano la cimitarra, y en la otra el Corán, cuyas oraciones y plegarias leía en voz alta, recordando la promesa de paraíso y de la bienaventuranza a los que morían en defensa de su fe.

VIII

Empezaba a dorar el sol las altas crestas de Sierra Morena, cuando se oyó un sordo murmullo en ambos campamentos, anuncio de que iba a dar principio la batalla. Mirábanse frente a frente los innumerables guerreros que seguían los pendones de las dos opuestas creencias: jamás en cinco siglos se había visto reunido en España tanto número de combatientes, a lo menos de parte de los musulmanes.

Según sus mismos historiadores «nunca antes rey alguno había congregado tan inmenso gentío, pues iban en aquel ejército ciento sesenta mil voluntarios entre caballería y peonía, y trescientos mil soldados de excelentes tropas almohades, alárabes y cenetas, siendo tal la presunción y confianza del emir en esta muchedumbre de tropas, que creía no había poder entre los hombres para vencerle».

Serían los cristianos como la cuarta parte de aquel número, y necesario era que a la desproporción suplieran el ardor y la fe.

Suenan los atabales y clarines en uno y otro campo: la señal de combate está dada, y moros y cristianos se arrojan con igual ímpetu y coraje a la pelea. El valiente don Diego de Haro fue el primero de los nuestros en acometer con los caballeros de las órdenes y los concejos de Castilla: de los musulmanes lo fueron los voluntarios en número de ciento sesenta mil.

Imposible les fué a los nuestros resistir la primera acometida de los infieles, y se cuenta que Sancho Fernández de Cañamero que llevaba el pendón de Madrid, huyó con él en vergonzosa retirada, hasta que, encontrado por el rey de Castilla, le obligó éste, lanza en ristre, a volver otra vez la cara al enemigo y a recobrar el honor de su bandera. D. Diego López, blandiendo su robusta lanza tantas veces teñida en sangre enemiga, auxiliado por los de Calatrava, y resguardado con su armadura de hierro, metiase por entre los infieles y se cansaba de matar.

Envalentonados, no obstante, los moros con el éxito de su primera carga, volvieron a acometer con nuevo brío, y rompieron las filas de los navarros, y aunque acudió con prontitud el rey D. Pedro con sus aragoneses, no pudo evitar que los moros más audaces llegasen cerca de donde estaba el rey de Castilla, quien sin inmutarse exclamó:

—Vayamos aprisa a acorrer a los de la primera haz, que están en gran afincamiento.

En vano Fernán García se abalanzó a la brida del caballo del rey para contenerle y evitar que se metiera en peligro, pues al ver un clérigo que, vestido de casulla y con una cruz en la mano huía desalentado y perseguido por un pelotón de moros, apretó los ijares de su caballo y, encomendándose a Dios y a la Virgen y blandiendo su lanza cargó sobre los infieles. Siguié-

ronle todas sus tropas incluso los obispos y los clérigos. D. Domingo Pascual, canónigo de Toledo, desplegó al aire el pendón del arzobispo, y metiéndose por medio de las filas enemigas entusiasmó de tal modo a los cristianos, que todos arremetieron desesperadamente, derribando cuanto se les ponía por delante, y haciendo perder a los sarracenos todo el terreno que habían ganado, hasta llegar cerca de la vanguardia de Mohamed.



Abud-Said, que mandaba los voluntarios, dió entonces orden a los escuadrones andaluces que avanzasen en socorro de los almohades y africanos que sostenían todo el peso de la batalla; pero aquéllos, que resentidos de la injusta muerte de su noble caudillo Aben-Cadis, habían jurado vengarse del emperador y de su wazir, y que estaban además quejosos de verse colocados a retaguardia y formando cuerpo aparte, como si no perteneciesen al ejército musulmán, en vez de acudir al llamamiento de Abu-Said, volvieron riendas y se alejaron del campo dejando a sus correligionarios entregados a su propia suerte.

Desde aquel momento, el combate sostenido con valor por los almohades, se convirtió en un degüello general de la inmensa muchedumbre. Quedaba, no obstante, íntegro el parapeto de los diez mil negros que cercaba y defendía la tienda del Miramamolín. Multitud de caballeros cristianos cargó con brío sobre aquellas murallas de picas. Los negros, encadenados entre sí e inmóviles como estatuas, esperaron a pie firme la arremetida de los cristianos, cuyos caballos quedaron ensartados en la punta de sus lanzas.

Pronto embistió la acerada valla otra multitud de caballeros, que, pertrechados de bruñidas corazas y calada la visera de sus cascos, empujó sus ferrados cuerpos con la misma confianza que si fuesen invulnerables, contra la falanxe inmóvil de los apiñados etiopes. Distinguíase cada paladín español por los emblemas y divisas de sus armas y blasones, por el color de sus cintas y penachos, muchos de ellos ganados en los torneos, y otros en los combates de Tierra Santa. Sabíase que el caballero del Aguila Negra era el esforzado Garcí Romeu de Aragón; que el del Alado Grifo era Ramón de Peralta; Ximen de Góngora, el de los Cinco Leones; que los de la Sierpe Verde eran los Villagas; los Muñoces, los de las Tres Fajas; los Villasecas los del Forrado Brazo; los de la Banda Negra, los Zúñigas, y los de la Verde, los Mendozas. Y a pesar del esfuerzo de éstos y de otros no menos bravos campeones, los feroces negros, con bárbara inmovilidad, bien que los grilletes los tenían como tapiados, dejábanse degollar, pero ni lo intentaban, ni podían avanzar ni retroceder. El baluarte necesitaba ser roto o asaltado como un muro; pero estaba decretado que había de haber inexpugnable para los soldados de la Cruz en aquella memorable jornada.

IX

Mil gritos de aclamación, levantados a un tiempo en las filas españolas, anunciaron que algo feliz había ocurrido, y así era en efecto. En medio del palenque de los bárbaros mahometanos, veíase un jinete trepando el pendón de Castilla: era don Alvar Núñez de Lara. ¿Cómo había franqueado la barrera aquel bravo paladín? Obra de su arrojo había sido y del esfuerzo poderoso de su altísimo corcel que, obedeciendo al acicate, había salvado el acerado parapeto de un salto prodigioso, y que, corveteando en medio de los enemigos con orgullosa alegría, parecía anunciar y regocijarse ya de la victoria.

El ejemplo de Lara estimuló a otros caballeros, pero espantados sus caballos por la muralla de picas, vuelven las grupas hacia ellas, y coceando contra las mismas, parecen como que indican a sus ginetes la manera de romper aquel baluarte: los ginetes entonces, dando cuchilladas de revés, logran abrirse paso; pero, al entrar en el círculo, ven que les ha precedido ya el rey de Navarra, que, después de romper la cadena por otro flanco, había entrado acaso antes que Lara.



Siguieron al navarro varios tercios aragoneses, como el abanderado de Castilla siguieron los castellanos, y todo fue entonces ya destrozo y mortandad para los obstinados negros, que caían a centenares, y aún a miles, pero sin rendir ninguno las armas y blasfemando de los cristianos y de su religión.

El Miramamolín Mohamed, que a la sombra de un lujoso pabellón leía el Corán durante la pelea, tan pronto oyó los gritos de victoria de los cristianos y vió que faltaba poco para que éstos llegaran a su tienda, soltó el libro y pidió el caballo. Un árabe le dió una yegua corredora, y el antes orgulloso y ahora desalentado emir, se dirigió a todo escape a Jaén acompañado del árabe que montaba un caballo «y huyeron, dicen sus crónicas, envueltos en el tropel de la gente que huía, miserables reliquias de sus vencidas guardias». Los cristianos persiguieron a los fugitivos hasta entrada ya la noche: el rey de Castilla había mandado pregonar que no se hicieran cautivos, y en su virtud, los cristianos se cebaron en la matanza, hasta dejar todos aquellos campos tan densamente cubiertos de cadáveres que los mismos vencedores apenas podían dar un paso por ellos.

El arzobispo de Toledo volviéndose hacia el rey de Castilla le dijo con noble y digno continente:

—Acordaos que el favor de Dios ha sido a vuestra flaqueza, y que hoy os ha relevado del oprobio que pesaba sobre vos. No olvidéis tampoco que el auxilio de vuestros soldados debéis la alta gloria a que habéis llegado en este día.

Tras esta vigorosa alocución, que revela el ascendiente del venerable arzobispo sobre el monarca, el mismo arzobispo, rodeado de los obispos castellanos Tello de Palencia, Rodrigo de Sigüenza, Menendo de Osma, Domingo de Plasencia, y Pedro de Avila, entonó con voz conmovida, sobre aquel vasto cementerio, e *Te Deum laudamus*, a que respondió toda la milicia casi llorando de gozo.

X

El número de los mahometanos muertos en la memorable batalla de las Navas de Tolosa, que los árabes denominan de Alacab (la colina), ascendió según el cronista arzobispo de Toledo, á 200000, no habiendo pasado de 25000 el de los cristianos. Estos, rivalizaron todos aquel día en valor y constancia; castellanos, navarros, aragoneses, leoneses, vizcaínos y portugueses, todos pelearon con heroica bravura. El arzobispo cronista, testigo y actor en aquella batalla, dice: «Si quisiera contar los altos hechos y proezas de cada uno, fallárame mano para escribir, antes que materia para contar». Distinguiéronse, no obstante, los tres reyes, luchando personalmente como simples soldados, y lanzándose los primeros al peligro. Las crónicas hacen también especial mención de los briosos y esforzados caballeros Diego López de Haro, Ximen Cornel, Aznar Pardo y García Romeu, del gran maestro de los Templarios, de los caballeros de Santiago y de Calatrava, y del canónigo D. Domingo Pascual, que prodigiosamente salió ileso después de haberse metido por entre las filas enemigas llevando en la mano el estandarte arzobispal.

Los despojos que se recogieron fueron inmensos: multitud de carros, de camellos y de bestias de carga; provisiones infinitas; lanzas, alfanjes y adargas en tanto número, que á pesar de no haberse empleado en dos días enteros otra leña para el fuego y para todos los usos del ejército vencedor que las astas de las lanzas y las flechas agarenas, apenas pudo consu-

mirse una mitad: incalculable fue también el botín de oro y plata, de tazas y vasos preciosos, de ricos abornoces y de finísimos paños y telas; gran cebo y tentación del pillaje para la soldadesca, de no haberla contenido la excomunión del arzobispo de Toledo. Todo fue recogido por manos de los esclavos, y el generoso rey de Castilla lo distribuyó después entre los navarros y los aragoneses sin dejar para sí y sus castellanos sino una muy pequeña parte y el más rico de todos los despojos, la gloria de la jornada. La lujosa tienda de seda y oro del gran Miramamolín, fue á la capital del orbe católico á servir de trofeo en la gran basilica de San Pedro: Burgos conservó la bandera del rey de Castilla; Toledo, los pendones ganados á los infieles, y con razón añadió el rey de Navarra al escudo bermelo de sus armas, cadenas de oro atravesadas en campo de sangre, y una esmeralda, que ganó también en el despojo, como en memoria de haber sido el primero en asaltar las cadenas que ceñían el campamento enemigo.

Escusado es decir que, según la fe de aquel tiempo, contábase que se habían visto varios milagros en aquella batalla: que una cruz roja semejante á la de Calatrava, se había aparecido en el cielo durante la pelea; que en medio de tanta mortandad y carnicería de los agarenos, no se había encontrado en el campo rastro ni señal de sangre; que los moros se habían quedado aterrados y sin acción al mirar el pendón de Castilla con el retrato de la Virgen, y otros prodigios semejantes, como si no fuera bastante prodigio el brillante y completo triunfo obtenido contra el mayor ejército que habían podido reunir jamás los orgullosos sectarios del Profeta. Con fundamento pues se instituyó en España toda, y en memoria de tan gran suceso, la fiesta que aún se celebra anualmente el 16 de Julio con el nombre del triunfo de la Cruz, y muy especialmente en Toledo, donde se sacan en procesión los pendones ganados en la memorable batalla de las Navas.

XI

Tres días después del combate, se apoderaron los cristianos de los castillos de Ferral, Vilches, Baños y Trlosá, que el rey de Castilla dejó guarnecidos, pasando en seguida á Baeza, abandonada por los moros, que se habían retirado á Ubeda, adonde también fueron los cristianos. Cuarenta mil moros de aquellas comarcas, defendieron la población: los cruzados la asal-

laron, pero hubieron de cejar con no poca pérdida de gente, hasta que cierto día, un intrépido aragonés, el bravo Juan de Mallen, escaló el adarve, y á su vista, los moros se retiraron acobardados á la alcazaba, desde donde ofrecieron un millón de escudos y perpetuo vasallaje al rey si les otorgaba la vida y la libertad. Inclinábase los monarcas y los magnates á aceptar el partido, pero los arzobispos de Toledo y de Narbona se opusieron fuertemente, recordando la excomunión lanzada por el papa contra los que entrasen en tratos con los infieles. Reprodujéronse, pues, los ataques, y reducidos los sitiados a la mayor extremidad, rindiéronse a discreción, adjudicándose muchos cautivos a los caballeros de las órdenes, que los emplearon en reedificar templos y fortalezas.

Los rigores de la canícula empezaron, por último, a producir enfermedades en el ejército, y en vista de ello determinaron los reyes retirarse de Andalucía. En Calatrava encontraron al duque de Austria, que llegaba con gran séquito para tomar parte en la guerra santa y para ganar las indulgencias en ella concedidas; pero no siendo ya necesario, volvióse desde allí con el rey de Aragón, así como los de Navarra y Castilla se encaminaron a Toledo, donde fueron recibidos procesionalmente por el clero y el pueblo entusiasmados, dirigiéndose todos a la catedral a dar gracias a Dios por la victoria que había concedido a las armas cristianas. A los pocos días se despidió afectuosamente el rey de Navarra del de Castilla, el cual, en demostración de gratitud, le devolvió quince plazas de su reino, que, hasta entonces y con diversos pretextos, había retenido en su poder.

En cuanto al príncipe de los almohades, después de haber desahogado su rabia en Sevilla haciendo decapitar a los principales jeques andaluces, a cuya defección atribuía la derrota de Alacab, pasó a Marruecos donde, en vez de pensar en resarcirse de sus pasadas pérdidas, no hizo sino ocultarse en su alcázar, y esforzándose en templar la amargura que le devoraba, con los vicios y deleites a que se entregó, dejando el cuidado del gobierno a su hijo Cid-Abu-Yacub, á quien juraron obediencia los almohades, que le dieron el nombre de Almostansir-Billañ. Así vivió Mohamed (el rey verde) hasta 1213 en que un emponzoñado breva que le fue administrado, puso fin a sus impuros deleites y a sus días.

XII

La derrota de Alarcos había quedado completamente vengada. Alfonso VIII había conseguido rodear su nombre de una aureola de gloria que le hizo y le hará brillar siempre al igual de los primeros reyes y de los primeros capitanes del mundo. Con razón ha comparado un escritor moderno la batalla de las Navas con la de los campos Cataláunicos. Si en una se salvó la civilización, en la otra se salvó el cristianismo, y tanto en aquella como en ésta acreditaron su heroísmo los guerreros de nuestra patria.

En la primera muere gloriosamente el rey de los visigodos Teodoredó, y contribuyen al triunfo los soldados españoles que peleaban en sus filas: en la segunda, el triunfo es exclusivamente de nuestra patria. ¿Qué importa que las banderas ostenten colores diversos? ¿qué importa que los unos se llamen castellanos, otros aragoneses, éstos navarros, catalanes aquéllos, ni que todos estos nombres significaran entonces reinos distintos? Todos forman un pueblo, a despecho de sus mismas preocupaciones; todos proceden de la propia raza; a todos son comunes la religión y la patria, las venturas y los desastres. Todos al cabo de algún tiempo, debían fundirse en una nación sola, cuyos estrechos vínculos en vano tratarán de romper insensatos ambiciosos, que quisieran prescindir de nuestra historia, de nuestras tradiciones, de todo lo que tiene verdadera grandeza y ostenta un carácter nacional.

Nosotros nos felicitamos hoy de que los extranjeros se apartaran de Alfonso VIII antes de darse la batalla. Así la gloria es únicamente de los españoles, de todos los españoles. Faltó el rey de León; en aquel campo donde resonaron los gritos de guerra de todos los españoles, sólo dejó de oírse el de los leoneses... Olvidémoslo; tampoco estuvo el de Portugal; pero Portugal estaba ya completamente segregado de España desde los tiempos de Alfonso Enriquez.

Del centro de Castilla salió una voz que logró conmover toda la cristiandad, y se atrevió a decir a la Iglesia y a los imperios, que había una Tierra Santa que no era Palestina, y que merecía bien los honores de una general cruzada, a la que no estaría mal que concurriesen los príncipes y los guerreros de las naciones en que se adoraba al verdadero Dios.

La vigorosa excitación del monarca castellano encontró eco en el pastor general de los fieles, y nunca la voz del jefe visible de la Iglesia resonó más a tiempo por el orbe cristiano, ni jamás pontífice alguno despertó más a sazón el entusiasmo religioso de los verdaderos creyentes, que cuando el papa Inocencio III ofreció derramar el tesoro de las indulgencias sobre los que acudieran a la guerra santa de España. Decimos que nunca más oportunamente, porque si no es cierto que el gran emperador de los mahometanos dijo a sus emisarios aquellas célebres palabras. «Id a anunciar al gran Muphti de Roma que ha resuelto plantar el estandarte del Profeta sobre la cúpula de San Pedro, y a hacer de su pórtico establo para mis caballos»; si no es verdad que así dijese, pudo por lo menos haberlo hecho, porque ¿quién hubiera sido capaz de detener el torrente de los 600.000 soldados de Mahoma, acudidos por el Atila del Mediodía, si aquí hubieran logrado vencer a los monarcas y a los ejércitos españoles?

Vistoso, grande, sublime y tierno debió ser el espectáculo de las banderas de los cruzados de Francia, de Italia y de Alemania concurriendo a Toledo para incorporarse y someterse al pendón de Castilla; pero estaba decretado, para gloria eterna de España, que la lucha por cinco siglos sostenida por españoles solos, a los esfuerzos de solos los españoles quedase encomendada. Como una felicidad inimitable el pensamiento de aquellos auxiliares extranjeros de abandonar la cruzada so pretexto del rigor de la estación y del clima. Así el triunfo fue enteramente nacional, y la gloria española enteramente. Bastaban los dos o tres prelados y barones que quedaron, para que pudieran contar allá en sus tierras lo que, a no haberlo visto por sí mismos, no hubieran creído. Felizmente, en reemplazo de aquellos extranjeros, disidentes ó flojos, se apareció el rey de Navarra con sus rudos e intrépidos montañeses, precisamente allí, en Alarcos como si se hubiese propuesto dar satisfacción al de Castilla, de su anterior falta, presentándose en aquel lugar de tristes recuerdos para indemnizarle ahora con creces, así como para desagraviar al cielo de la tibieza en la fe de que se le había acusado por sus relaciones con los musulmanes, yendo ahora dispuesto a ser el más impetuoso y el más terrible de sus adversarios. A milagro se atribuyó entonces la aparición del pastor que condujo y guió a los cristianos por los desfiladeros

del Muradal. No se ha sabido todavía quién fué aquel conductor humilde, que desapareció sin dejar tras sí vestigio alguno. De todos modos, fue un genio tutelar el que salvó al ejército de aquellas Termópilas en que hubieran podido perecer todos, como los de Esparta, pero que lograron atravesar ilesos tantos Leónidas como eran los caballeros cristianos.

El gran drama de la reconquista, que tuvo su prólogo en Covadonga, y cuya primera jornada concluyó en Calatañazor, avanza y deja entrever en la solemne escena de las Navas, el desenlace que tiene en expectativa al mundo. Alfonso de Castilla, el que en Algeciras había parecido un relator imprudente, y en Alarcos un arrogante escarmentado, apareció en las Navas con toda la grandeza del héroe, y se elevó sobre todos los príncipes cristianos, y elevó a Castilla sobre todas las monarquías españolas. Ya no quedó duda de que Castilla había de ser la base y el centro, y el núcleo de la gran monarquía cristiano-ibérica; y no es que los otros reyes contribuyeran menos que él al glorioso triunfo, no: como capitanes y como peleadores, sería difícil decidir quién merecía ser el primero; es que Alfonso VIII, tuvo la fortuna de ser el jefe de la expedición, como había tenido la gloria de promoverle

FIN



Memoria Descriptiva del Monumento a la Batalla de las Navas de Tolosa

La idea predominante es de majestuosa serenidad en todo su conjunto. Se ha prescindido de todo elemento que nos recuerde y humilla al vencido, puesto que se trata de exaltar el triunfo de la más excelsa Victoria conseguida en los setecientos ochenta y un años que duró la Reconquista y que marcó y preraró el reinado, llenó de conquistas del nieto de Alfonso VIII, Fernando III El Santo. Por esta gloriosa victoria, la balanza oscilante de tantos años se inclinó a favor de los Reinos Cristianos de la España medieval. Todos los elementos que forman el conjunto -Escultura, Arquitectura y motivos ornamentales- han sido pensados, sentidos y adaptados al hecho histórico, huyendo de símbolos esotéricos; buscando una síntesis en su expresión, plena de sobriedad y claridad. Cualquier espectador, conocedor del hecho, puede claramente reconocer, comprender: El Monumento es historia hecha plástica.

Los materiales que lo forman esencialmente son tres: Hormigón armado visto y tratado plásticamente, en su parte arquitectónica, buscando en sus encofrados formas que nos sugieran peñascales, rocas estratificadas que nos hagan evocar el paisaje: Puerto de Muradal, el Paso de la Losa. Materia poco usada por sus problemas, pero vigorosa y actualísima, como son actuales las consecuencias de aquella victoria sobre los almohades que de no haber sido, quizás hubiese cambiado el curso de la historia de Europa.

Para el gran grupo escultórico de los cinco Jefes, se ha elegido la piedra de Colmenar por sus características de dureza, conservación limpia de mohos y belleza de tono.

La figura del pastor se realizará en bronce, materia idónea para conseguir su ágil movimiento de ser mítico, casi angélico, en su gesto de guiar y señalar el camino.

La Cruz en acero inoxidable.

Los elementos que forman el monumento tienen este claro significado: Una plataforma, con un sentido de proyección, de avance, y alzada a 2'50 mts. sobre la cota cero, simboliza y nos sugiere el avance de Castilla sobre las tierras de Andalucía.

Esta plataforma va almenada para evocar con más fuerza el paisaje de Castilla, promotora en su Rey Alfonso VIII de la expedición que culminó con el triunfo de las Navas. En primer término, sobre la popa, como vigia que avanza y señala el camino, la escultura del Pastor de 4'50 mts. realizada en bronce; grácil, dinámica y a la vez con un matiz angélico. La tradición y el mismo Rey lo creía, consideró a aquel ser desconocido como un enviado de Dios. La hagiografía de la época lo identifica con San Isidro y su escultura fue colocada en el prebisterio de la Catedral de Toledo. Por ello hemos querido resaltar la importancia de esta figura como síntesis y símbolo de la mentalidad de una época en la que la Fé era móvil que arrastraba hasta los grandes triunfos ó los grandes desastres. Estas palabras cogidas de la crónica histórica, que de la Batalla nos dejó el Arzobispo de Toledo, Ximénes de Rada, testigo de ella, justifican plenamente la importancia de este Pastor: «Dios Omnipotente dirigió aquel negocio mediante una gracia especial. Nos envió un hombre que había apacentado ganado. Este nos mostró un camino fácil, practicable por un declive que en el lado del mismo monte había. No fué necesario

ocultarse a la mirada de los enemigos, y estos nos veían y nada podían hacer para estorbarlo de modo que pudimos llegar al punto adecuado para presentar batalla. Y por don de Dios, así fué, que Dios escoge a veces por heraldos suyos a gentes infimas».

Después de una labor de investigación histórica, se llegó a la conclusión de representar en el gran grupo escultórico a los cinco Jefes de la Batalla. Este grupo, realizado sobre un pódium de hormigón troquelado, está formado por cinco figuras. En un plano más avanzado las de los tres Reyes que intervinieron: Alfonso VIII de Castilla en el centro, como jefe supremo y promotor; a su derecha, el Rey de Aragón Pedro II El Católico y a su izquierda Sancho el Fuerte de Navarra, que porta de su puño las cadenas rotas que protegían la tienda del Miramamolín y que él y los suyos rompieron. Los tres escudos de sus reinos, ante ellos, unidos, compactados como ellos mismos, forman un bloque impenetrable como castillo almenado por sus coronas que plásticamente sugiere la unidad nacional, al fin conseguida en aquella ocasión para enfrentarse al enemigo común. Más en segundo término la figura del Arzobispo de Toledo, Don Rodrigo Ximénes de Rada, cronista de la Batalla y jefe espiritual al colaborar con el Rey de Castilla, para conseguir del Pontífice Inocencio III, la consideración de Cruzada en esta guerra contra los almohades. Bendice con la mano derecha y porta con la izquierda la cruz metropolitana.

A la izquierda del Arzobispo, Don Diego López de Haro, señor de Vizcaya; este jefe importantísimo, fué brazo derecho del Rey de Castilla, mandó una de las alas del ejército en la Batalla y su prestigio fué tan grande que mereció ser enterrado en el panteón real de Navarra. Este grupo escultórico es motivo principal del monumento por su DIGNIDAD y potencia. Va situado frontalmente y sobre el pódium que lo sustenta se colocará la placa de dedicación. Un muro de hormigón de doce metros de altura le sirve de trasdós.



El Escultor,
A. González Orea

La parte arquitectónica, adquiere su mayor importancia, en los dos grandes muros que convergen hacia la parte posterior del monumento y que simbolizan el Paso de La Losa, con enorme grandiosidad. El más alto de estos muros, en su punto máximo, alcanza la altura de 25'80 mts. sobre la cota cero. Del de la derecha algo más bajo -20'40 mts.- pende otro trozo de las cadenas simbólicas del escudo de Navarra. Estos muros irán tratados plásticamente, como anteriormente dice, para sugerir peñascales, rocas estratificadas, en sus paramentos externos.

En esta gran abertura, formada por ambos muros y en su parte más alta, y semiaérea, una cruz en acero inoxidable, nos recuerda el carácter de Cruzada de la epopeya y la fiesta instituida por la Iglesia, con motivo de la gloriosa Batalla, con el nombre de Triunfo de la Santa Cruz.

El Arquitecto,
Manuel Millán López

TITULO PUBLICADO:

**Escenas Antiguas Carolinenses en la
Prensa de la Epoca.**

por Guillermo Sena Medina

TITULOS EN PREPARACION:

Postales Mineras de Principio de Siglo

por Juan A. Romero Vico

La Carolina y la Filatelia

por Francisco González Bernardino

Datos para la Historia Antigua Carolinense

por Carlos Sánchez Martínez

EL SEMINARIO DE ESTUDIOS CAROLINENSES desea que la publicación sea del agrado de nuestros conciudadanos, y espera su colaboración tanto en trabajos realizados como en aportación de documentación.

EL SEMINARIO DE ESTUDIOS CAROLINENSES pretende ser una ambiciosa empresa cultural en bien de la Historia y de la Cultura de nuestra ciudad.

Para realizar los fines que se ha propuesto necesita del mayor número de suscripciones.

¡CAROLINENSE!, suscríbete a los fascículos que publicará el SEMINARIO, rellenando la hoja adjunta o de cualquier otra forma.

FOTOGRAFIA:

Custavo García

Ángel Rey

Miguel A. García Lucas

F. González Bernardino

J. Berandica

Romero Vico

Archivo del Seminario

IMPRIME:

Gráficas Ramirez

Avda de Madrid, 9

La Carolina (Jaén)

Depósito Legal: J. 333 - 1.981

Tirada: 1.000 ejemplares

Precio: 200 pesetas

FASCICULO 2



© Seminario Carolinenses

SEMINARIO DE ESTUDIOS CAROLINENSES - 1.981